



**Cuaderno
de bitácora**

CAOS por Antonio Álamo

Caos es, según creo, una de mis mejores obras. La escribí, en su mayor parte, en tres fines de semana de noviembre de 1999 por encargo de cuatro jóvenes actores: Mariano Alameda, Daniel Huarte, Sergio Villoldo y Rodolfo Sancho. El encargo, tal y como yo lo entendí, consistía en recoger de algún modo el ambiente de mi primera novela, *Breve historia de la inmortalidad*, y hacerles vivir a ellos durante hora y media en ese mundo trágico y humorístico a un tiempo. Querían, además, que la obra representara un viaje de LSD, con sus toboganes, abismos, cielos, infiernos y toda la pesca.

Recurrí a una anécdota personal: durante finales de los años ochenta yo había trabajado de camarero, como Charly, uno de los personajes, en el comedor de la House of Commons, donde me asignaron el ala del Partido Conservador, así que servía la mesa a esa pandilla de pijoteros, lo que incluía a la Primera Ministra del Reino Unido, Margaret Thatcher. Desde luego resultaba extravagante y tentador a partes iguales vivir en una casa okupa y, al mismo tiempo, servir la bazofia a toda esa gente de escasa perspectiva. En realidad, alguna vez se me pasó por la cabeza hacer lo que hace Charly en la obra: morderme una uña y colocarla en el pudín de pescado para que piense que es una espina y la chupe, pero también meter un LSD en la crema de puerros de la Primera Ministra y aprovechar el flipe para follármela en un descuido. El otro día Jorodowsky me dijo que esa fantasía mía adolescente respondía a que yo estaba enamorado de mi madre. No lo descarto. Mi vida siempre ha fluctuado entre la tragedia griega y la chirigota de Cádiz. En todo caso, de haberme atrevido, de no haber puesto resistencia a mi Edipo, tal vez hubiera cambiado el glorioso destino del Reino Unido de Gran Bretaña y, de paso, el destino de este provinciano planeta. No hubiera sido mala cosa. Pero no lo hice. Así que, en cierto sentido, se me puede

culpar de no haber evitado la guerra de las Malvinas, del pernicioso régimen fiscal británico de los años ochenta y, tal vez, en última instancia, del creciente desastre que soportamos (no hay que olvidar que la historia idiota en la que estamos envueltos es en buena medida herencia del trío rocambolesco que en su día hicieron la Thatcher, Reagan y Su Santidad): yo, *mea culpa*, en vez de pasar a la acción, escribí *Caos*.

Escribí el noventa y cinco por ciento de *Caos* en tres fines de semana, en tanto que los cuatro o cinco últimos folios me llevaron un par o tres de agónicos meses. El director, Eduardo Fuentes, se quejaba, y con motivos sobrados. Ya habían empezado los ensayos —en realidad había empezado hacía más de un mes— y aún no había logrado dar con el final. Hasta que se hartó y me puso un plazo. Los siguientes siete días estuve dándole vueltas al tarro y nada. Hasta que, por fin, doce horas antes de que venciera el plazo, vi la luz: lo malo es que, prácticamente, había que reescribir cada escena. Es lo que hice, aunque intentando que se notara lo menos posible. Se notó, claro, y nada más empezar la lectura Eduardo se vino hacia mí y me dijo: «¿Qué coño significa esto?» Le pedí un poco de paciencia, tuvo paciencia, escuchó la soberbia lectura que realizaron los actores, se levantó de su asiento, aplaudió y nos mandó a tomar por el culo a todos, diciendo: «Mañana empiezan los ensayos de la nueva obra de Antonio Álamo».

Estrenamos en Puertollano, salimos escoltados por la policía, luego pasó al Teatro Alcázar de Madrid, acabaron haciendo una gira de unas trescientas funciones y la cosa gustó al público y a los críticos. Ahora mismo, diciembre de 2004, se está representando la versión mexicana en el Poliforum de México D.F. con un elenco de lujo, pero Charly ya no se folla a Margaret Thatcher sino a la Condolezza, y los problemas no los tiene con el Reino Unido de Gran Bretaña sino con los Estados Unidos de América, como todos nosotros. ■

Visita nuestra web

www.aat.es

Caos [fragmento]

(ACTO II, ESCENA 13)

Se ha elegido el comienzo de la escena última, cuando los cuatro amigos están esperando a la Primera Ministra para follársela «de uno en uno, por un lado y por el otro, con dentadura y sin dentadura».

ESCENA 13. EL GRAN CHARLY

Dogo y Axel ven la tele, aunque no se distingue nada: chispitas eléctricas y basta. Dogo se encuentra medio envuelto en una manta. Tiene escalofríos. Toni se ha vestido de mujer y se ha pintorrejeado como una mona. Se encuentra apostado en un lugar estratégico. En su regazo descansa la pistola. Charly tiene una depresión de caballo.

En la mesa hay un gran desorden de latas de cerveza, velas, una botella convertida en pipa, una jeringuilla y distinta parafernalia drogadicta.

AXEL: ¿Sí? ¿Y qué coño te dice?

DOGO: ¿Quién?

AXEL: ¿Quién va a ser?

DOGO: ¿Qué dices?

AXEL: Tu padre de los cojones, ¿qué coño te dice?

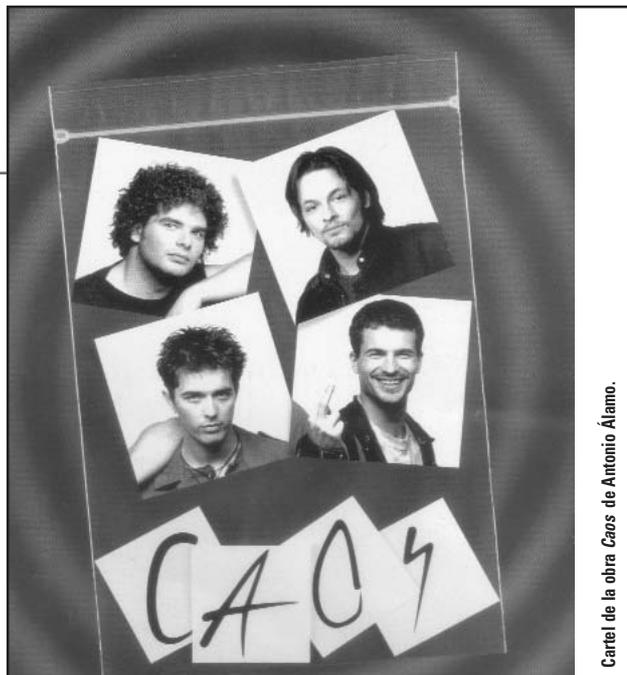
DOGO: Que me junto con gente rara y que estoy desperdiciando mi vida.

AXEL: Me suena familiar.

DOGO: Piensa que podría sacar alguna tajada de mi talento.

AXEL: ¿Tu talento para qué?

DOGO: O sea, total, que yo le digo que claro, que talento tengo un huevo, pero que lo que de ningún modo estoy dispuesto es a prostituir mi arte por exponer en una cochina galería y poner precio a mis cuadros. Ni de coña, padre. Mis cuadros no tienen precio, le digo, y no voy a vender ninguno de ellos, si eso es lo que me propones. No tengo inconveniente en regalarlos o, si llega el caso, tirarlos a la basura. ¿Tirarlos a la basura? Sí, cuando me harte de verlos, padre, pero ¿ponerles un precio? ¿Colgarlos en una galería de pijoteros? No, eso ni de



Cartel de la obra *Caos* de Antonio Álamo.

coña, y tampoco voy a vender ninguno de mis cuentos, porque mis cuentos, padre, mis cuentos son mis cuentos y son de quien quiera escucharlos, pero no voy a publicar nada en ninguno de los putos periódicos asquerosos del sistema. ¿Sabes, padre, la cantidad de árboles que se cepillan sólo para que media docena de capullos se las den de listos? Bla-bla, bla-bla, bla-bla, bla-bla... Los periódicos son un asco, sin excepciones. Ah, me dice mi padre, no sabía que también escribieras cuentos. Pues sí, padre, me gusta escribir cuentos. ¿Quieres leerme alguno? No hace falta, padre, mis cuentos me los sé de memoria. A ver, cuéntame alguno, me dice, y yo le digo, Vale, padre. ¿Y cómo se llama el cuento que vas a contarme? «Me meto el dedo en el culo». O sea, total, que mi padre ya no está seguro de quererlo escuchar, pero va, traga saliva y dice, Muy interesante, hijo, a ver, cuéntame el cuento, y yo digo, puta madre, viejo, puta madre, y le cuento el cuento, que dice: «Me meto el dedo en el culo, ¿vale? Me lo saco. Me meto el dedo en el culo, ¿vale? Me lo saco... Me lo vuelvo a meter, ¿vale? Me lo meto más. Lo saco. Me lo meto en el culo. Me lo meto un poco más. Lo remuevo con cuidado. ¿Vale? Lo remuevo un poquito más. Lo saco. Me meto el dedo en el culo. Lo saco». Fin.

AXEL: ¿Cómo? ¿Que se acaba?

DOGO: Que se acaba, y entonces va y me pregunta que cuál es el mensaje. ¿Mensaje? Yo flipo, claro. ¿Qué mensaje? Ni puta idea. ¿Por qué siempre hay que buscar un mensaje en las historias? ¿Es que no hay historias sin mensaje? De hecho las buenas historias no tienen mensaje. Claro, que ya casi nadie escribe buenas historias. La educación, tío, han jodido a la gente con tanta educación, que eso es lo que tiene la educación. Les meten mierda pedagógica por un tubo y luego se les olvida hablar y escribir como seres humanos. Sin darse cuenta se pasan el día en el púlpito. Un asco.